

Ángeles Mastreta, *Mujeres de Ojos Grandes*. Barcelona: Seix Barral, 2001.

Josefa Buendía Gómez*

Ángeles Mastreta, mexicana, nacida en Puebla el 9 de octubre de 1949. Periodista, poetisa y narradora. Hace parte de un grupo, cada vez mayor, de escritoras latinoamericanas cuyo talento e impacto ha desbordado las fronteras del continente. Entre otras, podemos citar a Isabel Allende, Laura Restrepo, Patricia Suárez, Gioconda Belli, Marcela Serrano.

Ángeles Mastreta es autora de varios libros: *La pájara pinta*, 1975, *Arráncame la vida*, premio Mazatlán, 1985; *Mujeres de ojos grandes*, 1990; *Puerto libre*, 1993.

Mujeres de ojos grandes es un conjunto de treinta y siete cuentos cortos, contados en tercera persona. La narradora, que conoce muy bien hasta los más recónditos pensamientos, sentimientos, intenciones y acciones de cada uno de los personajes, nos presenta la historia de una colección de treinta y siete tías.

Al describir a cada una de esas tantas mujeres, la narradora nos va colocando un delicado contrapunto entre las “expectativas de género”, es decir, lo que en la sociedad y cultura tradicional mexicana es aceptable y esperado del comportamiento de hombres y mujeres, y lo que, de hecho, ellos y ellas son capaces de sentir, creer, pensar, desear, imaginar, soñar, crear, decir y vivir. El estilo de la narración es sutil y creativo y nos lleva a ver, en cada una de las historias, una protagonista única y especial: una mujer con ojos grandes.

Las tales tías reciben la instrucción y la compañía de madres, hermanas, abuelas y primas para aprender a cumplir, con decoro, sus papeles de hijas, madres, esposas, cristianas, pero en estas mismas mujeres, las tías, van a encontrar cobijo, complicidad y fuerza para atreverse a ser simplemente mujeres.

Temas como la relación con el cuerpo, sexualidad, libertad, maternidad, religión, soltería, infidelidad, relación con el padre y con el marido, relaciones prohibidas, como el tabú del incesto, son abordados con tal normalidad que, con aparente ingenuidad o ironía, va resquebrajando las certezas, las “leyes naturales” y las “verdades eternas” elaboradas por una

sociedad patriarcal, a través de sus instituciones: el derecho, la familia, la religión, etc.

La primera es la tía Leonor, que “a los diecisiete años, se casó con la cabeza y con un hombre que era justo lo que una cabeza elige para cursar la vida” y que nunca le faltó nada de lo que una mujer debía desear. Pero tuvo tiempo y oportunidad de encontrar la complicidad y el cobijo de su abuela, que la induce a librarse de lo que en otros momentos le advirtiera: “si los primos se casan tienen hijos idiotas”. Y como, según la abuela, “hay más vida que tiempo”, es ella misma la que le da consejo para recupere la “práctica perdida”.

La tía Fernanda es otra de las tías. Ella tuvo la habilidad de hacer que en su jornada diaria le cupieran, perfectamente, las obligaciones de esposa y madre de nueve hijos, de cristiana acudiendo a los pobres y necesitados; de buscar un buen vino y de escalar la azotea. Lo único que le causaba desbarajuste era la maldita “cadencia”, causa de su extravío; hasta en el cuerpo se le notaba la generosidad del caos que vivía. Motivo que la llevaba a discutir con Dios: “No era justo. Tanta prima soltera y ella con un desbarajuste en todo el cuerpo...” Pero cuando el dueño de la “cadencia” desapareció, la tía Fernanda pasó “doce horas seguidas entre mocos y lágrimas”, a base de té de azar, tila y valeriana, hasta que la “Divina Providencia le tuvo piedad”.

Buenas y tan interesantes como las historias de la tía Leonor y de la tía Fernanda son las historias de la tía Elena, de la tía Cristina Martínez, de la tía Rosa... y la de todas las otras, hasta llegar a la treinta y siete. Estas historias nos invitan a hacer gimnasia mental, a pensar y a sonreír con sus inocentes y audaces trasgresiones, con las que se atreven a cuestionar el orden de las cosas. Con las que también se atreven a colocar en cuestión las normas que socialmente fueron establecidas por otros, para que ellas las cumplan.

Mujeres de ojos grandes son cuentos inteligentes, divertidos, sagaces y críticos. Leyendo las historias de las tías, es posible que encontremos, entre de ellas, alguna sombra nuestra, de alguna de nuestras vecinas, amigas o, quizás también, de nuestras enemigas. Es un libro que vale la pena leer y divulgar entre mujeres y entre hombres que buscan un orden de las cosas diferente.

*Doctoranda en literatura española e hispanoamericana
Universidad de São Paulo – USP- Brasil